

El toloache y sus parientes

Francisco Hernández



Durante miles de años, diferentes culturas han conocido a las solanáceas. Esta familia botánica tiene una rama eurasiática a la que pertenecen el beleño, la mandrágora y la belladona. Sus parientes americanos son el floripondio, el chamico y el toloache. Todas estas hierbas tienen un común denominador: su ingestión produce alteraciones temporales de la conducta y en dosis excesivas puede causar la muerte.

El consumo mundial de las solanáceas está muy bien documentado. Podemos encontrar referencias en la literatura sacra y profana; en la pintura, la escultura o las leyendas populares. Y lo más sorprendente es que todas las características que se atribuyen a estas hierbas coinciden en el tiempo y el espacio: se cree que tienen propiedades diabólicas y se les asocia con la brujería. Ésta fue una idea corriente en las culturas precolombinas y en la tradición medieval europea. Las solanáceas son sagradas para los yaquis de Sonora como lo fueron para los seguidores hindúes del culto a Shiva. Se empleaban en la elaboración de filtros amorosos en el antiguo Israel o en el *Quattrocento* italiano.

Según la Biblia, Raquel, desesperada por su esterilidad, acechó a su hermana Lia, mujer de Jacob, y la vio comer frutos de mandrágora. Imitándola, Raquel logró que Jacob se fijara en ella y de ese encuentro nació José. Con base en esta historia, el antropólogo Jean Louis Brau deduce la antiquísima asociación de las solanáceas con lo sexual. En el mismo sentido, pero miles de años después de la historia de Raquel, Nicolás Maquiavelo escribió lo siguiente: "Tenéis que saber que no hay nada mejor para dejar preñada a una mujer que hacerle beber una poción de mandrágora. Es una cura experimentada por mí varias veces y siempre ha dado buen resultado. De no ser por eso, la reina de Francia sería estéril y como ella una infinidad de princesas".

El texto apareció en un obra de teatro titulada *Mandrágora*.

El folklore del país vasco es rico en leyendas acerca de las solanáceas. Según la creencia popular, el beleño es una planta maligna que les otorga el poder de volar a quienes comulgan con ella. Pío Baroja, uno de los integrantes más destacados de la generación del 98, nacido en San Sebastián, recogió en *La dama de Urtubi* la celebración de un aquelarre en el siglo XVII. Este acto no es más que una reunión de brujas y brujos que tienen en común el uso de las solanáceas. Baroja cuenta que las brujas pueden volar gracias a la aplicación en la piel de un ungüento a base de beleño, mandrágora y belladona. Después de la unción, "las brujas vuelan montadas en chivos o escobas". Tan convencida estaba la gente de la efectividad del ungüento, que en la localidad de Zugarramurdi varias mujeres fueron sentenciadas a la hoguera después de haberse demostrado que volaban desnudas.

Los huicholes dicen que en los tiempos míticos existía un brujo peligroso llamado Kieri Tewiyari (el toloache), responsable de las enfermedades; un brujo que con sus poderes alucinógenos "engaña a la gente" y además es "malvado y peligroso". En el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México se encuentra la escultura de Xochipilli, príncipe de las flores, en cuya espalda se aprecian relieves de plantas, incluyendo por supuesto las daturas. En su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Fray Bernardino de Sahagún describe al toloache como "una hierba que emborracha y enloquece perpetuamente [...] y si se tiene abiertos los ojos el que la come, no los puede más cerrar, y si los tiene cerrados no los puede más abrir, y si está enhiesto no puede más doblar, ni bajar, y pierde el habla". Motolinía y Garcilaso de la Vega dieron descripciones similares.

En México todavía subsisten las representaciones prehispánica y medieval europea sobre el toloache. Cuando una persona está profundamente enamorada se dice que le dieron toloache. Esta expresión coloquial significa que el enamorado ingirió, consciente o inconscientemente, una porción con alto contenido de esa hierba. El resultado es que la víctima está distraída, falta de reflejos y con la mirada perdida. Es una persona que, al menos temporalmente, no tiene dominio absoluto de su conciencia.

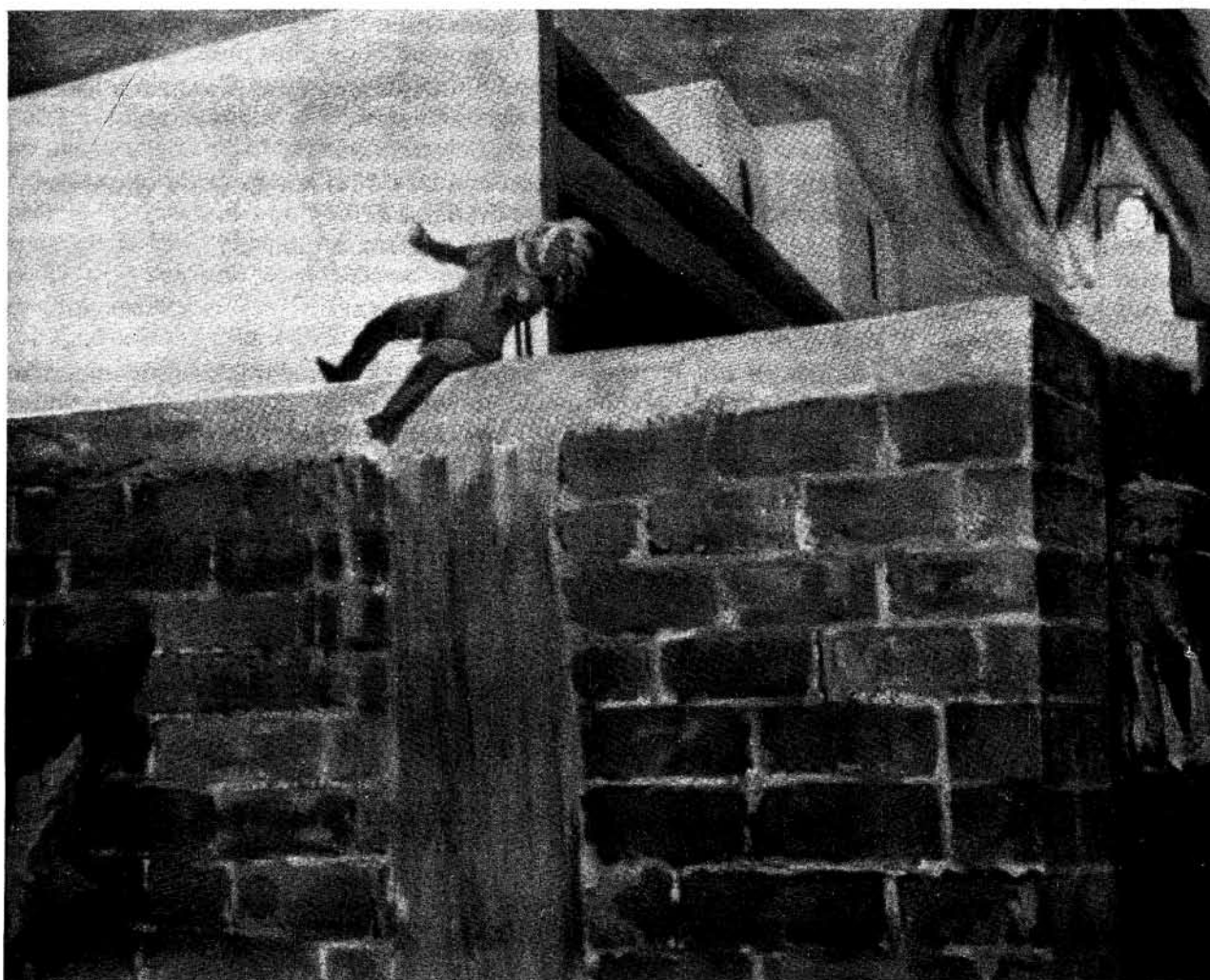
Los efectos

El efecto alucinógeno de las solanáceas es el mismo en todo el mundo y en todas las épocas. Eso explica que generalmente se le asocie con la hechicería, la brujería y el erotismo. Estudios químicos han demostrado que la mandrágora, el beleño y el toloache contienen una sustancia llamada atropina. Su presencia en el organismo humano paraliza las extremidades neuromusculares del vago cardiaco, dando lugar a un aumento del número de contracciones cardíacas

y a la disminución de la presión sanguínea. Disminuye la amplitud respiratoria y acelera la respiración. Además paraliza las funciones del intestino, provocando que la absorción y el metabolismo de las sustancias tóxicas sean muy lentos.

La atropina produce también la dilatación anormal de la pupila con inmovilidad del iris (midriasis), fenómeno que se mantiene aun después de 24 horas y disminuye gradualmente en el transcurso de varios días. Se observa que el alcaloide causa una acomodación visual defectuosa; este efecto provoca un enfoque erróneo de los objetos y, en consecuencia, una pérdida de conciencia espacial. Por si fuera poco, genera además sequedad en la boca, enrojecimiento de la piel y aumento de la temperatura corporal.

Enterados de los efectos de la atropina, resultará fácil creer en la efectividad de los filtros amorosos preparados con toloache, y cobrarán sentido los relatos de brujas voladoras, hombres que se transforman en cuervos, aquelarres que terminan en orgías y demás actos diabólicos.♦



Trinidad dolorosa, 1988, gouache sobre papel, 68 x 86 cm.